

L'Épêcle-Mêle

POUR TOUS & PAR TOUS

SEMANARIO FESTIVO PARISIENSE

SUBSCRIPCIONES:		
España	1 año	7'50 ptas.
	6 meses	4
Unión postal	1 año	10
	6 meses	5'50

DIRECCIÓN:
PARIS — 7, Rue Cadet, 7 — PARIS
Reservado todo derecho de reproducción & traducción

El pago de las suscripciones puede hacerse en sellos de correo, sobres monederos, libranzas del giro mutuo ó letras de fácil cobro, remitiendo el importe bajo sobre certificado á la Dirección: 7, rue Cadet, Paris.

Administración y Venta de la Edición Española: BARCELONA. Puerta del Angel, 15 y 17, pral.



— ¡No lo puedo remediar! De tanto oírle teclear todo el día á la señora, se me ha pegado á mí una afición loca al teclado.

MIS EXÁMENES

Este es un recuerdo de mi juventud. Para evitarle al lector la molestia de fijar su atención en mi insignificante persona, hubiera podido poner el relato en boca de un héroe imaginario; pero me ha parecido que así perdería el acento de verdad que precisamente constituye su único mérito, ya que los hechos pasaron rigurosamente como voy á contarlos.

No pretendo que mis jóvenes amigos, lectores del *Péle-Méle*, tomen nota de la receta con ánimo de seguir sus prescripciones; pero sí que se hagan cargo, por mi ejemplo, de que la presencia de espíritu y... digamos la palabra, el «tupé», son preciosos auxiliares en todo examen.

En aquel tiempo (¡ah, cuán lejos está ya de mí, pues ocurría en 1884!) me preparaba yo para el ingreso en la Escuela Naval. Como no debía presentarme hasta el año siguiente, dióme la ocurrencia—para hacer algo en aquel curso—de pasarme bachiller en ciencias. El diploma del bachillerato no lo necesitaba para mis estudios, pero los dos exámenes eran á poca diferencia los mismos, y luego, decíame... esto podrá servirme para lo sucesivo. En todo caso, de no hacerme bien, tampoco ha de perjudicarme.

Presentéme en la Facultad de Besanzón. Mi preparación había sido poco severa. Fiaba algo yo en mi suerte y sobre todo en mi «fuerza» en matemáticas; pero me inquietaban dos cosas: la física y la química, de que no sabía ni una palabra, y el latín.

De las dos primeras materias no exigen grandes conocimientos en la «Naval», y, en lo que dice á los autores antiguos, sólo conocía yo á Virgilio, cuya *Eneida* me sabía casi toda de memoria.



Llegó el gran día. Era mi primer examen serio, y hallábame bastante emocionado. Luego, corrían ya entre los examinandos mil chismes é historietas de los examinadores. A éste le daba por desconcertar á los infortunados pacientes, á quienes torturaba ante el negro cuadro... ¡infeliz del que se presentaba tímido!; otro, al contrario, sonreía siempre con el más benevolente aire del mundo, hacía continuos movimientos de aprobación: «¡Muy bien, perfectamente, amigo mío!», y, socarronamente, el maldito, os apuntaba una nota deplorable. En fin, el viejo catedrático L... era feroz, ferocísimo; su severidad rayaba en lo increíble. Bajo su lápiz, los ceros, aquellos terribles ceros, de los cuales basta uno solo para motivar la exclusión, alineábanse implacables!... Sentí que me espeluznaba hasta la



llado, estupefacto... ya no se reía ahora la concurrencia. En la sala no cabía un alfiler, pero reinaba en ella absoluto silencio, interrumpido sólo por mi voz enunciando los problemas, resolviendo las ecuaciones, indicando soluciones diversas, deduciendo consecuencias...

¡Ni yo mismo me conocía!...

Terminó el examen entre grandes aplausos. El profesor me felicitó... y yo me fuí á tomar un aperitivo bien ganado.

Había terminado la tarea de la mañana. Hasta aquí, todo iba bien: la física y las matemáticas sobre todo me habían dejado en muy buen lugar. Pero faltaba salvar el escollo del latín.

Algunas horas más tarde me encontraba ante el terrible catedrático L... Era la última prueba.

Sentado frente á él, al otro lado de la mesa, recubierta del verde papel administrativo, respondí algo maquinalmente á sus preguntas...

raíz de los cabellos... ¡Ah, el latín... el latín!...

La primera parte del examen, es decir, la escritura, no fué del todo mal. Quedé aprobado.

Faltaba la oral.

Véome todavía ante la pizarra, con el trozo de yeso en la mano que oprimía entre los dedos hasta clavarle las uñas, sin que alcanzase á hacerle dibujar un aparato... que ignoraba en absoluto.

El profesor acababa de decirme:

—Describame usted el gas del alumbrado.

Reuniendo toda mi ciencia, logré decir por fin:

—El gas del alumbrado... el gas se hace con hulla.

—Está bien; describa usted ahora el aparato.

¡Ay de mí! Por más que llamé á formación todos mis recuerdos é intenté representarme en la mente una figura de mi tratado de *Física y Química*, relacionada con la fabricación de aquel fluido, no encontré nada... nada enteramente. Con mi pedazo de tiza trazaba en la pizarra una y otra chimenea, borrándolas sucesivamente—para ganar tiempo—como descontento de mi dibujo (recordaba de un modo vago que debía haber una combustión de hulla); pero nada se me ocurría.

La sala estaba llena de candidatos y de curiosos. De una parte, había los liceístas, y de la otra, nuestros rivales, los alumnos del colegio católico. Estos se regocijaban de ver á «uno» del liceo «fastidiado», y no hay que decir si yo lo estaba. Hasta mí llegaba el rumor de las risitas contenidas, llenándome de rabia y de vergüenza.

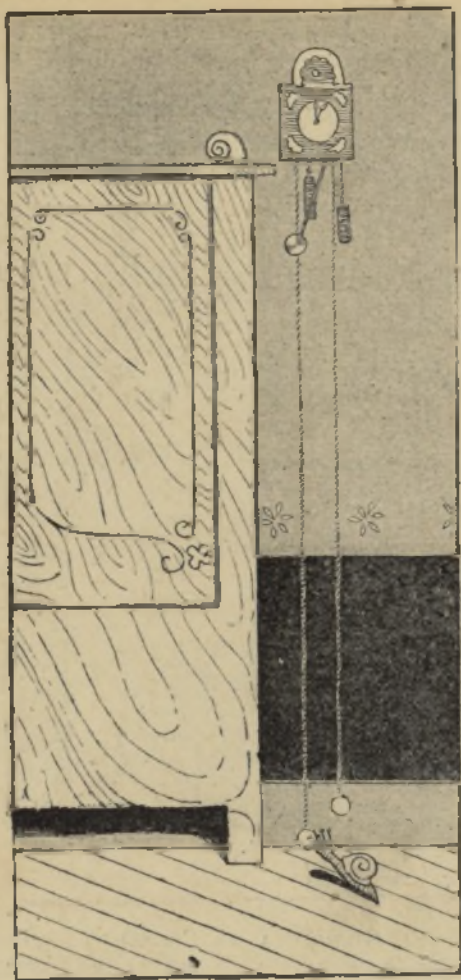
En fin, el profesor tuvo piedad de mí, y decidió sacarme del atolladero haciéndome otra pregunta, á la que respondí ni bien ni mal, lo justo para evitar el funestísimo cero. Luego pasé á otra sala.

Todo el mundo me siguió. Querían darse el gusto de verme balbucir incoherentes disparates y gozarse en mis apuros.

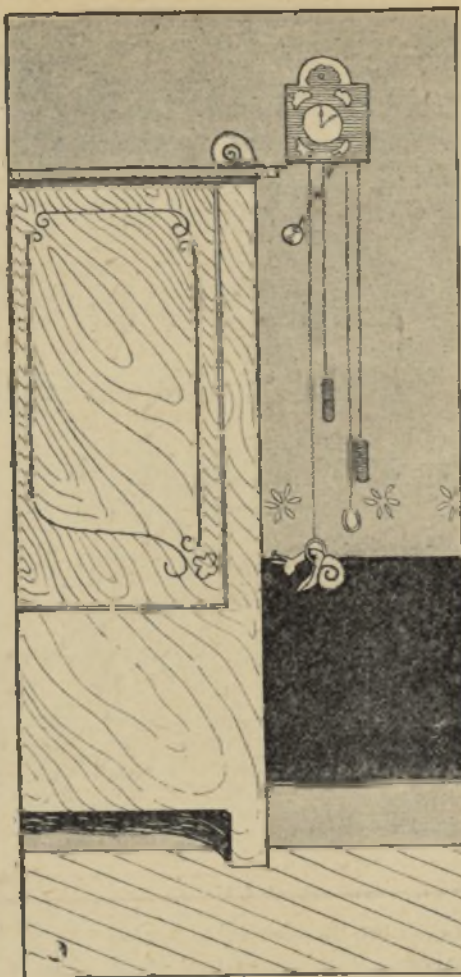
Pero entrábamos en el examen de matemáticas, y entonces... ¡ah! entonces fué la mía. Ya he manifestado que las matemáticas eran mi fuerte, y procuré tomar un brillante desquite. El profesor estaba maravi-



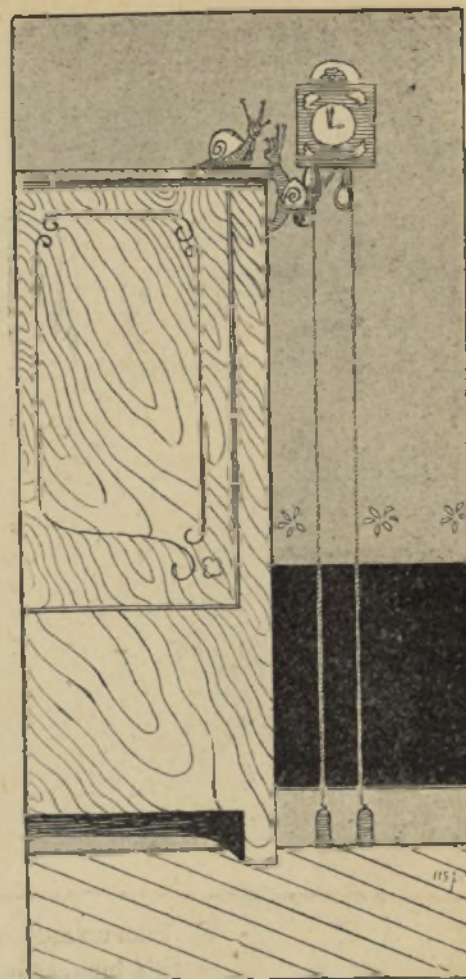
La literatura, las lenguas vivas (había escogido el inglés), esto no iba mal. Pronto pasaríamos al latín, y aleccionado por los exámenes precedentes, contemplaba las



EL CARACOL. — Mi mujer me espera allá arriba. Tengo prisa por llegar, pero estoy muy cansado... Felizmente, se me ocurre una idea...



...En diez horas, justo, podré llegar...



LA SEÑORA CARACOL. — ¡Bravo, amigo mío! Llegas a la hora justa.

EL CARACOL. — ¡Oh! ¡poco mérito tiene! ¡He utilizado el ascensor!

Un óptico enseña a un caballero unos enormes gemelos de teatro, poniéndolos por las nubes.

Se le caen los gemelos, y el caballero levanta el pie y da un grito.

— ¡Me ha hecho usted ver las estrellas!

— Eso le probará a usted, caballero, la bondad de los cristales — replica el óptico sonriendo de satisfacción.

Un individuo lee a su mujer el discurso que ha preparado para pronunciarlo en una Academia.

De pronto se interrumpe y dice a su esposa:

— Pero si no me escuchas...

— No es verdad, porque estoy muy atenta.

— Como veo que bostezas...

— Pues eso prueba que te escucho.

Un conferenciante se presenta en casa de Lebaudy, el futuro emperador africano.

— ¿Qué desea usted? — le pregunta éste.

— Que me lleve usted en su próxima expedición.

— ¿Qué títulos tiene usted para hacer esa solicitud?

— Que estoy acostumbrado a predicar en desierto.



— ¡Qué bien me ha sentado este paseito matinal por los verdes campos!... Pero es el caso que tengo el estómago en los talones...



...¡y los talones en el estómago!

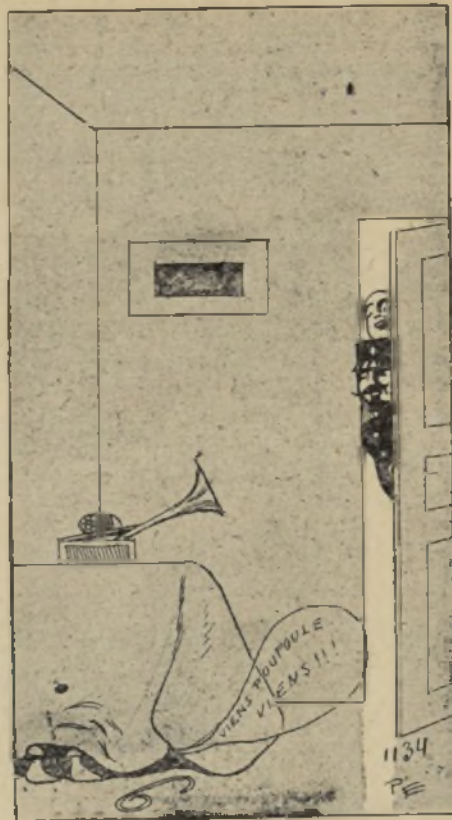


EL LADRÓN (que está en acecho).—¿Ves? ¡Ya te decía yo que hablabas demasiado alto! ¡No has oído! Ahora va el conserje, en ausencia del dueño, a buscar a los guindillas.



EL COMPAÑERO LADRÓN.—No te inquietes por eso. Ocúltate debajo de la mesa.

—Con una trompeta de la que suprimo ciertas piezas, esta caja de cigarros y un paquete de cigarrillos, añadiéndole además una mijita de ingenio, construyo un fonógrafo que para si quisieran muchos aficionados. Ahora, con arrojar a un lado los demás objetos y ocultarnos debajo de la mesa cantando una romanza sentimental, asunto concluido.



EL GUINDILLA AL CONSERJE.—¿Pero dónde tenía usted la cabeza, hombre de Dios? ¡Qué ladrones ni qué niño muerto! ¡No ve usted que los vecinos han dejado cuerda al fonógrafo y éste canta que se las pela! ¡Vámonos, vámonos!



—¿Sabes qué dice tu futuro yerno? Pues no te escasea los elogios, y afirma que, además de un perfecto caballero, eres el hombre más amable y jovial del mundo.

EL SUEGRO RICO.—¡Qué excelente muchacho! Pero lo que no dice, aunque lo piensa, es lo jovial que él se pondrá el día en que yo me retire de este mundo, y entre mi hija en posesión de mi fortuna.



Patatas «sautées»

La tía Mantecosa,
Pringosa y sudorosa,
Al saltar las patatas ve visiones,
Pues mira en las rodajas estampadas,
Cual siempre acongojadas,
Las caras de sus huéspedes hambrones.

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



EL MENDICANTE. — Señora, muévale á usted á lástima... no soy un mendigo ordinario, sino un...

LA SEÑORA. — ¡Basta, basta; sé de memoria lo que va usted á contarme!... conque no insista, porque esas historias ya no cuajan. Va usted á decirme que ejercía honradamente el comercio, que tenía usted un cajero modelo de probidad, al cual dió usted su hija en matrimonio, y luego, de repente, la abandonó huyendo con su dote y con la fortuna de usted... vamos, ya le he dicho que me tengo sabido y resabido el cuento... conque no se moleste en referírmelo...

EL MENDICANTE. — ¡Oh, señora!... por favor, ruego á usted que se sirva repetirme esa historia, pues quiero grabarla en mi mente; no es ésta la que yo quería contar á usted; pero la que me ha referido es mucho más interesante...

— ¿No sabes que Enrique ha celebrado sus bodas de oro?
— Hombre, no es posible. ¡Si se casó ayer!
— Pues por eso mismo. Su mujer tiene un millón de duros.

Se hablaba de pies grandes:

— Para pies enormes, los de don Timoteo dijo un andaluz. — ¡Como que le obligan á navegar continuamente!
— No veo la razón.
— ¡Porque son de un tamaño tan disforme, que sólo puede lavárselos en alta mar!

Estando un borracho en la agonía y exhortándole el cura á que perdonase á todos sus enemigos, dijo el moribundo:

— Sí, padre: perdono á la Nicasia y á mi suegro, al tío Cepas que me robó la cabeza de la burra... y que me den un vaso de agua.

— ¿Para qué?

— ¡Toma! Para bebérmela y reconciliarme con ella.

Quando las mujeres no pueden vengarse, hacen como los niños! ¡lloran!

Cerdán.

— Mire usted, Catalina: lo que yo quiero principalmente en la cocina es mucha limpieza.

— A buena parte va usted, señora. Si encuentro más de cuatro ó cinco pelos en la sopa, ya estoy que me llevan los demonios.

— Pero, hombre, ¿por qué no paga usted sus deudas?

— ¡Qué quiere usted, amigo mío! yo hago cuanto puedo para pagar á mis acreedores; tomo billetes en todas las loterías... ¡y nada!

Decía una rancia marquesa, hablando de la noche de San Bartolomé, en París:

— No sé por qué dicen que fué tan horrible aquel degüello, cuando resulta averiguado que, entre tanto muerto, apenas había alguno que otro noble.

Una consulta:

— A propósito, doctor; tengo intención de decidir á mi marido á que me lleve este año á Baden. ¿Qué enfermedad es necesaria para ello?



— ¡No se olvide usted de mí, caballero!
EL DISTRAÍDO. — No tema usted, amigo; voy á echarle un nudo al pañuelo.



EL DOCTOR. — A fuerza de beber ajeno, lo que hace usted es embrutecerse y perder la memoria... Cuando la tenga usted completamente perdida, entonces se acordará de lo que ahora le estoy diciendo.

Gedeón pregunta á uno de sus convidados:

— ¿Es verdad que tiene usted un hermano?

— Sí, señor.

— ¿Uno solo?

— Sí, señor.

— Pues no lo entiendo. Su hermana de usted acaba de decirme que tiene dos.

En una feria hay dos vendedores, de los cuales uno tiene muy buena voz y grandes condiciones oratorias, al par que el otro carece del don de la elocuencia.

El primero dice, repetidas veces:

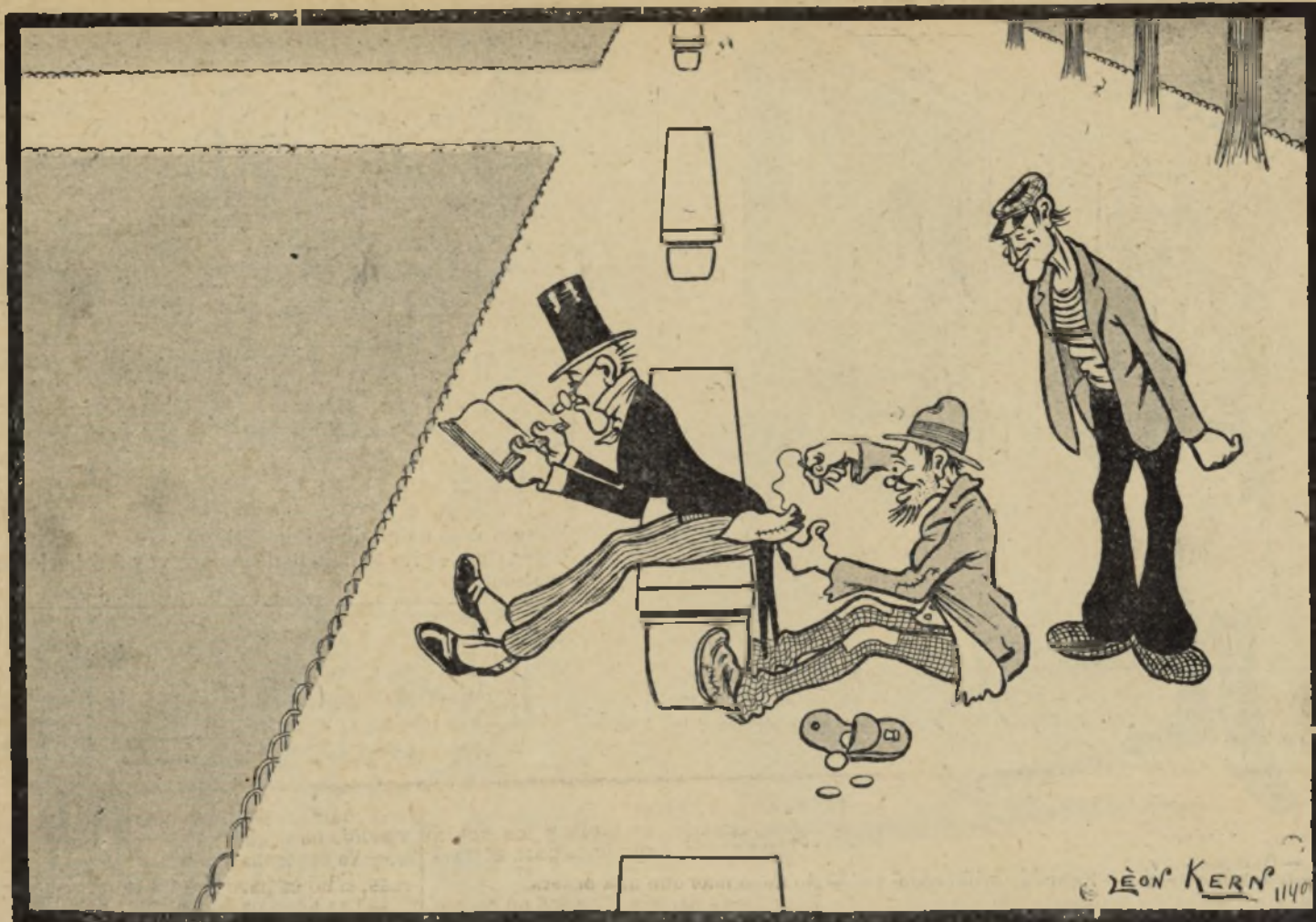
— Aquí, señores, todo es bueno y de primer orden. Aquí se vende á precios fabulosamente económicos, etc., etc.

El segundo, renunciando á la tucha, se limita á gritar, de cuando en cuando:

— ¡Aquí también! ¡Aquí también!

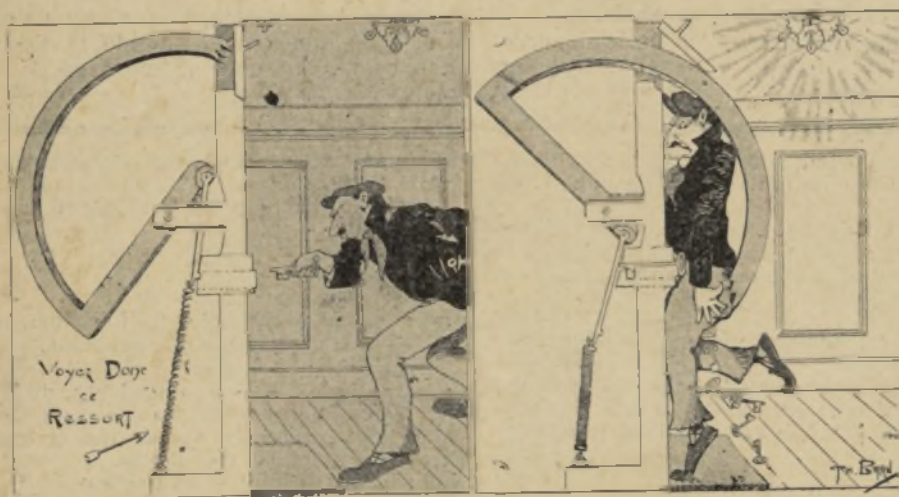
La hermosa duquesa de M..., cuyas facciones y cuyo carácter no han cambiado desde su primera juventud, suele decir, hablando de su edad:

— No crean ustedes que tenga cuarenta años; lo que tengo es dos veces veinte años.



Los rateros previsores

— Suerte hemos tenido en que no haya perdido su portamonedas antes de llegar aquí. Si no le echo un remiendo al bolsillo, nos exponemos á encontrárselo vacío el mejor día.



Los grandes inventos de «El Pêle-Mêle»

— ¡No haya miedo ya á los robos! De hoy en adelante los forzadores de puertas serán inmediatamente cogidos por el Caza-Rateros, que el mismo ladrón dispara al poner...

...la llave en la cerradura.

NOTA. — Obsérvese que el aparato al dispararse toca el botón eléctrico colocado en el techo, con lo cual produce automáticamente la luz y la alarma.

La escena pasa entre un nigromante y un andaluz:

— Diga osté, zeñor, ¿es su mercé el que acierta toas las cosas?

— Yo soy; ¿qué se le ofrece?

— A ver, vaya su mercé iciendo.

— Para eso, necesito ver su mano.

— ¡Ya! ¿Y por la mano lo acierta su mercé tóo?

— Justamente.

— Pues aquí está. Largue su mercé la tonáa.

El nigromante le fué diciendo cuanto se le antojó, y concluida la «adivinanza», dijo el andaluz:

— Pues zeñó, está muy rebién. Agradeciendo y hasta otra visita.

— Permítame usted que le recuerde que mi honorario son cuatro duros.

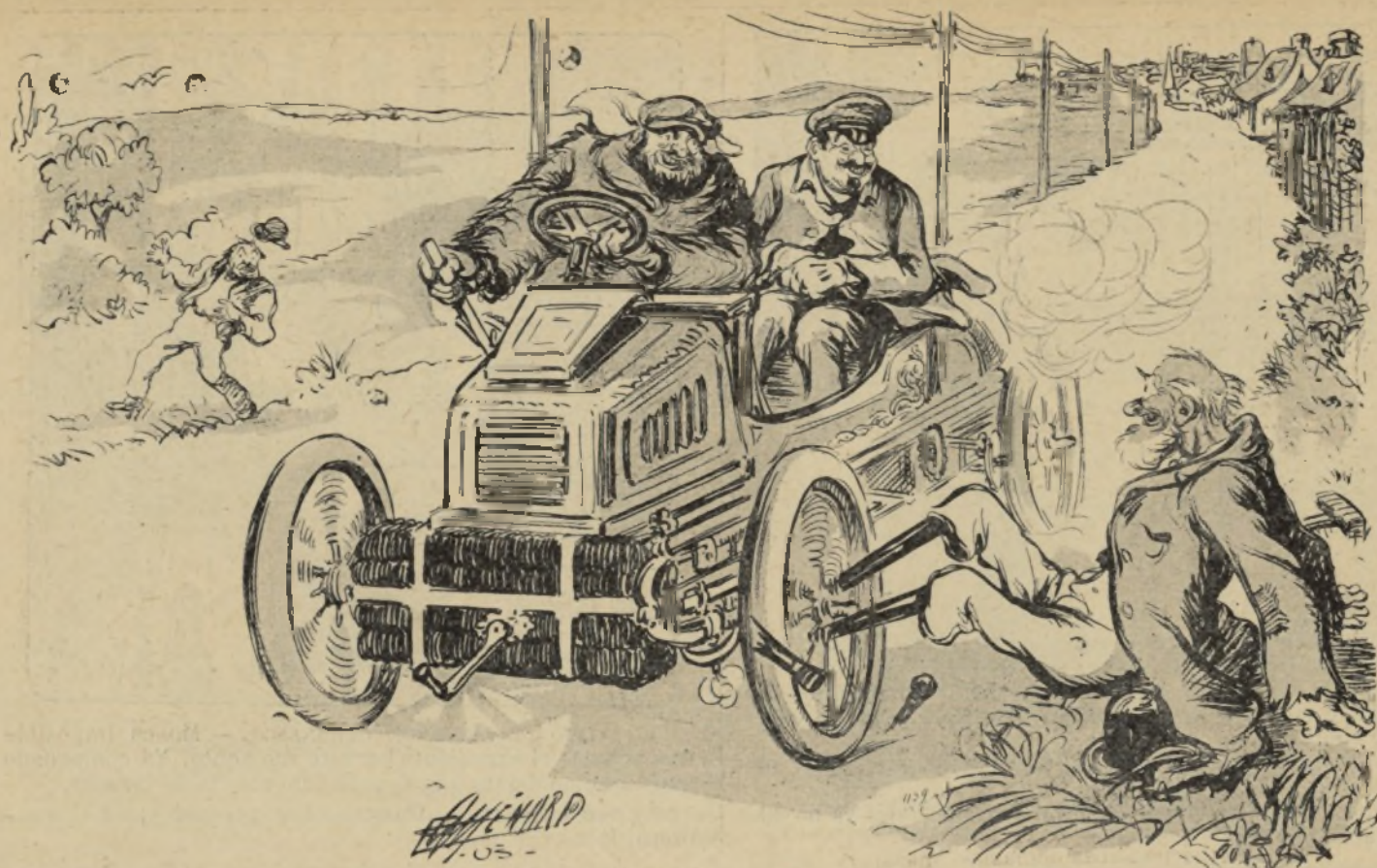
— ¿Que largue yo cuatro duros? ¡Cá! ¿No ica su mercé que lo sabe tóo?

— Ya lo ha visto usted.

— Pues entonces, ¿cómo es que no sabe su mercé que no tengo ineros?

Un individuo discute violentamente con un industrial y le acusa de charlatanismo.

— Convengo en ello — contesta éste con la mayor tranquilidad del mundo. — Pero sepa usted que yo he necesitado veinte años para llegar á ser un charlatán y usted no ha necesitado ni un minuto para ser un imbécil.



EL CHAUFFEUR. — ¡Esos malditos peatones son incorregibles! Toma: ahí tienes uno á quien le corté las piernas el año pasado... ¡Pues el hombre, dale con que ahora le estropee las de palo!.

Un tonto rico pregunta á un discreto pobre:

— ¿Qué crees tú que es la opulencia?
— Es la ventaja que cualquier estúpido puede tener sobre mí.

— 30 —

Al café, Cleto Mantilla
A un ratero convidó:

Cleto pidió manzanilla;
— ¿Y usted?... — dijo al otro. — Yo,
Tomaré una cucharilla.

Liborio Porset.

Una madre trata de explicar á su hijo la diferencia que existe entre el acento agudo y el acento grave.

— Pues en ese caso, cuando el abuelito se queja del reumatismo agudo, no debe de ser grave.



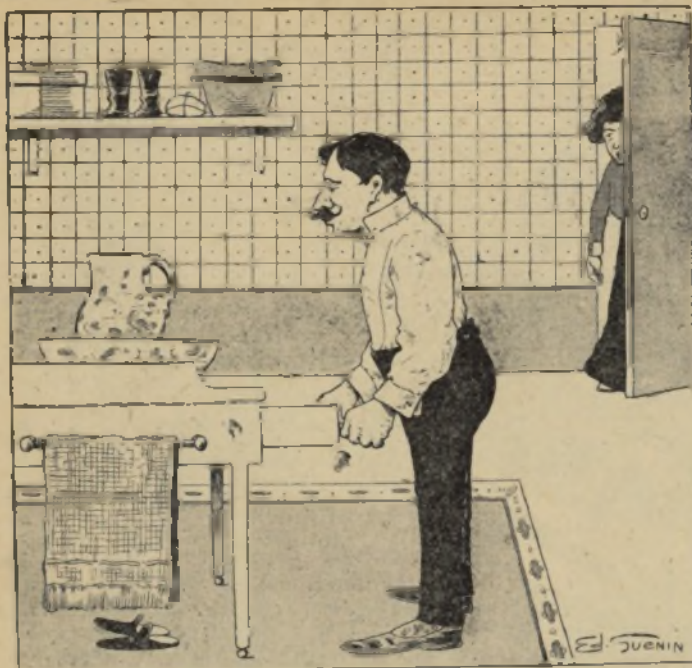
EL POETA. — ¡Renuncio á abrir las ostras! Está visto que ni siquiera lograría entreabrir las...



— Más vale que lea el nonagésimo canto de mi gran poema...



— ¡Caramba! ¿qué es esto? ¡Ahora se entreabren por sí solas! ¡Ah! ¡ya caigo! ¡Como el poema se titula *La ostra sensible*, el espíritu de clase ha hecho que se emocionen!



— ¡Voto al chapiro! Vamos, ya no puedo afeitarme... No encuentro jabón, ni brocha, ni navaja... ¿Cómo me las compango ahora?

— ¿Felipio... qué haces?... Despacha pronto; ¡está ahí mamá!

— ¡Oh Providencia! ¿está ahí mi suegra? ¡Pues ya no faltan sino el jabón y la brocha!



EL VIEJO DEPENDIENTE OFICINESCO. — Me es imposible despacharle el expediente en este momento. Ya comprende usted que no dejaré que se enfríe mi cabeza de ternera.

EL SOLICITANTE. — ¡Pues hombre, póngase usted el sombrero!

Un compasivo aragonés entró á ver una colección de pulgas sabias, y se colocó junto á la mesa donde éstas hacían sus ejercicios. Una de ellas permanecía al lado de sus compañeras sin tomar parte en los trabajos. Observólo el baturro, y preguntó al domador:

— ¿Por qué se está ese insecto tan quietecito?

— Esta pulga — dijo el domador, — está enferma de tanto trabajar.

— ¡Ay, pobrecita! — repuso enternecido el aragonés.

Y de pronto, la aplasta con la uña, añadiendo:

— ¡Pa que no pene!



LA CLIENTE. — ...En fin, no hay que desesperar, porque aún es usted joven...

EL PELUQUERO. — Pues tal como usted me ve, estoy tocando á la cincuenta...

No hace muchos meses se vió en juicio oral la causa contra un prójimo, por robo de un reloj de bolsillo. El abogado hizo tan brillante defensa, destruyó con tal habilidad y arte la prueba de la instrucción y las conclusiones fiscales, que el tribunal no tuvo más remedio que absolver al acusado, declarándole inocente del robo del reloj.

Al día siguiente, un mozo de cuerda entregaba en casa del abogado una carta y un paquetito. La carta contenía sólo estas palabras: «A mi defensor, en testimonio de agradecimiento».

Abierto el paquete, se encontró dentro... el reloj robado.

Entró una vez un jorobado en cierta tertulia, y uno de los concurrentes exclamó sin poderlo remediar:

— ¡Jesús! ¡qué joroba!

— Usted me insulta — gritó el jorobado; — me dará usted una satisfacción. ¡Salgamos de aquí!

— Pero, señor — respondió el tertuliano, — aunque estuviésemos saliendo y entrando toda la noche, ¿dejaría usted por eso de ser jorobado?

Al entrar de visita en una sala
Mi amigo don Severo
Se dejó en la antesala,
Siguiendo la costumbre, su sombrero;
Y en tanto que él hablaba á los señores
De otros tiempos mejores,
Los niños de la casa, sin recato,
Pusieron el sombrero como un plato.
Por esto recordar es conveniente
La máxima siguiente:
«Procure en la visita el hombre urbano
No dejar el sombrero de la mano.»

Carlos Cano.

Tan aficionadas son las mujeres á ser aduladas, que aunque comprendan no ser cierto lo que se les dice, no por eso hallan menos satisfacción en escucharlo.

Mme. de Sartory.

Entre novios, que hacen proyectos para el porvenir:

— Tendrás que obedecerme, porque en la familia el marido equivale á lo que es la cabeza en un cuerpo.

— Corriente; tú serás la cabeza, pero yo seré el pescuezo, que le hace dar vueltas.

El presidente de una Diputación provincial abre la sesión con estas palabras:

«Hasta ahora, señores, hemos tenido que enviar los locos de nuestra provincia al Manicomio de R... Pero hoy, por fin, tengo el gusto de manifestar que vamos á proceder á la construcción de un hospital de locos exclusivamente para nosotros.»

Se ha observado que, de todos los animales, los gatos, los carneros y las mujeres son los que más tiempo pierden en sus adornos.

Nodier.



— Un hombre descoyuntado, un brazo separado del tronco, las dos piernas rotas y tres heridas en la cabeza de las que mana abundante sangre, sin contar las infinitas contusiones de que todo el cuerpo está lleno...

— Si, es verdad; no puedo negar que lo he atropellado un poquito.



Caridad

— ¿Es tu madre quien ha solicitado socorro de nuestra sociedad de beneficencia por causa de enfermedad?
 — Sí, señoras.
 — ¿Qué enfermedad padece?
 — Tiene ataques nerviosos.
 — ¡Ataques nerviosos!... ¡qué impudencia! Di á tu madre que la neurosis es enfermedad propia de las señoras del gran mundo... ¡y que si quiere ser socorrida, adopte una enfermedad de pobre!...



— ¡Cielos! ¡una viboral!
 — ¡Déjate morder, déjate morder!
 — ¿Qué dices?... ¡Para morir envenenada!
 — No; ¡si la que va á morir es la viboral!

Entre aficionados á la música:

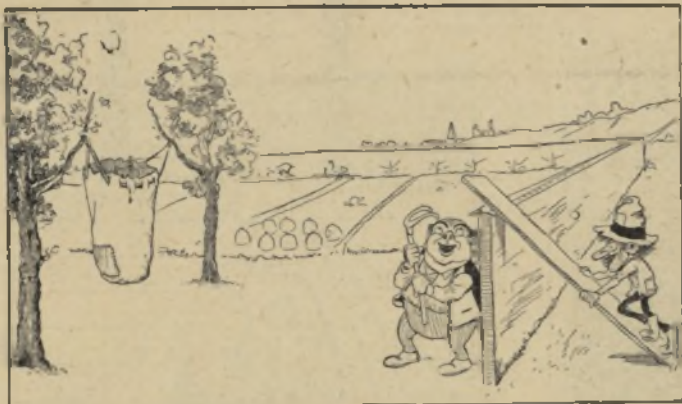
— ¿Qué instrumento te gusta más, el piano ó el violín?
 — Hombre, el violín, ¡qué duda tiene! Con cogerlo y tirarlo por el balcón, negocio concluido.

En el barrio de Pozas:

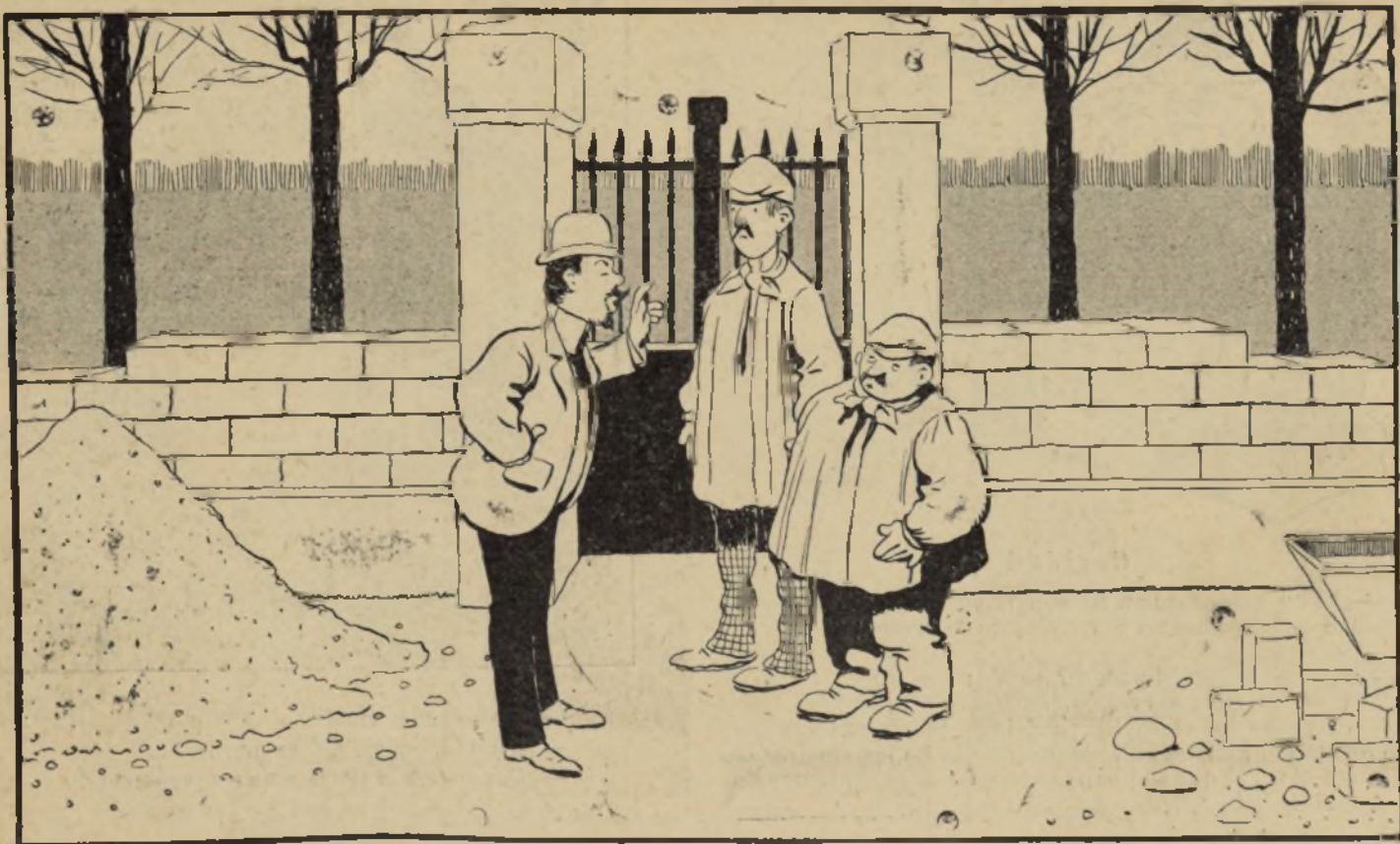
— Adiós, Ignacio, es tarde y me voy á casa. ¿Tienes quince céntimos para el tranvía?
 — No llevo más que una peseta.
 — Pues bien, dámela. Tomaré un coche.

— ¿Sabe usted que la guitarra que me ha vendido no suena?
 — Ya esperaba yo eso.
 — ¿Pues para qué hace usted las guitarras, si no es para que suenen?
 — Las hago para venderlas.

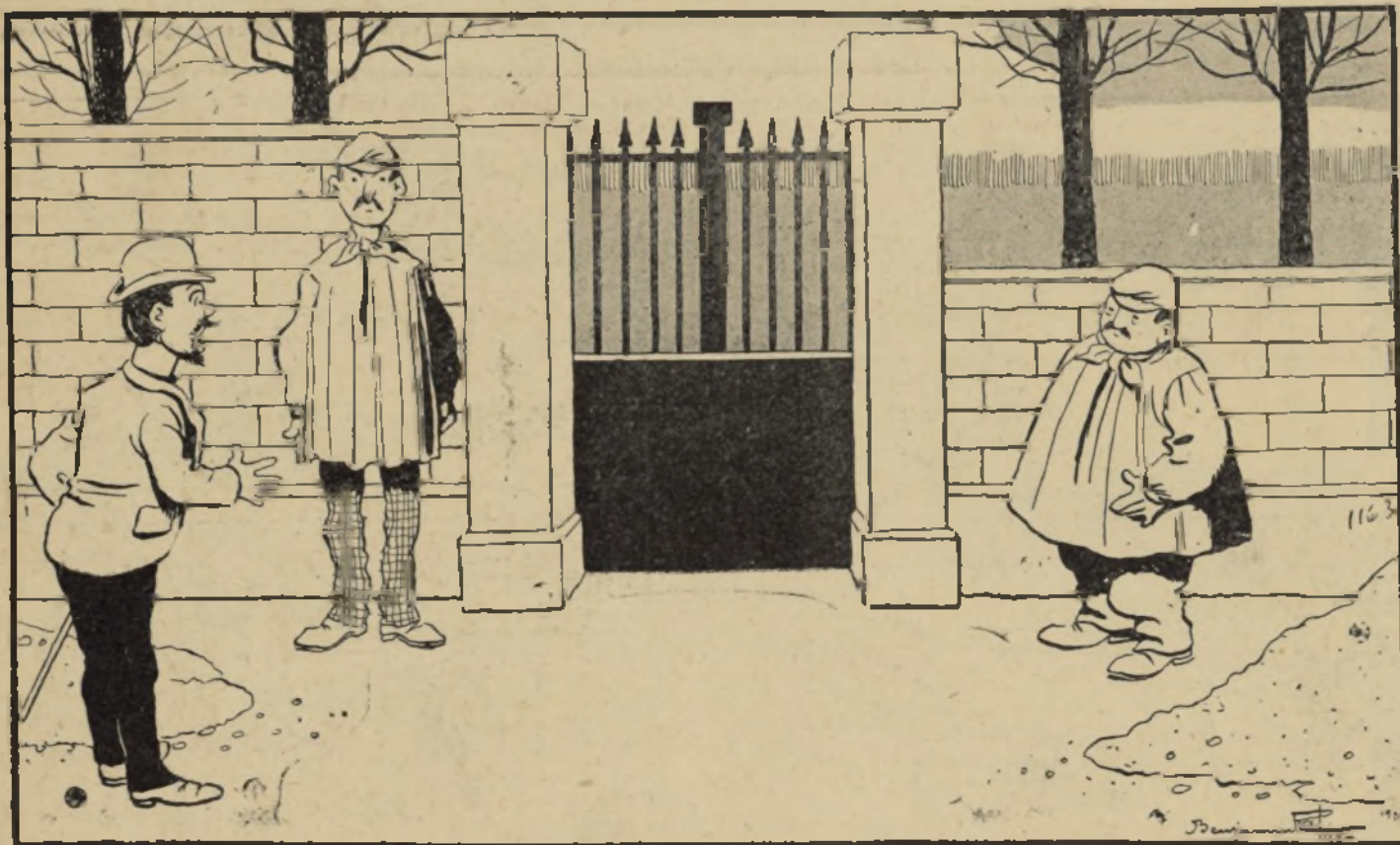
Un ladrón cazado al vuelo



Un encargo cumplido á la letra



EL PROPIETARIO. — Levanten ustedes estos muros á la altura de un hombre.
— Está bien, señor barón.



— ¿Es esto lo que el señor barón deseaba?



—¿Qué ruido es ese?... ¡Un incendio!... ¡mi fábrica... pero si es mi fábrica la que arde! ¡Qué desastre, Dios mío!... ¡Corramos, corramos aprisa!...



—¡Pero no les da á ustedes vergüenza contemplar así, impasibles, el fuego, en vez de apresurarse á prestar auxilio! ¡Todo el mundo está obligado á trabajar en extinguir un incendio!



—¡Calle!... ¡pues si no es mi fábrica la que está ardiendo... es la de enfrente! ¡Ah, qué peso me he quitado de encima! Vamos, vamos á acostarnos tranquilamente.



—¿No quedan ostras, tío Juan?
—Ni una, ña Serafina.
—¿Y si los señores quieren?
—¡Pues ofrézcase usted misma!



Perros y merodeadores

—Prepara las legumbres... aquí traigo la carne para el puchero.

Pasatiempos

(Las Soluciones en el número próximo)

CHARADA

Hay en *prima* cuarta cual
De nosotros *prima* tercia;
En casa, *primera* dos,
En vapor, las *tres* primeras;
Y al amigo se le llama
Topo, con mucha frecuencia.

ENIGMA

Para no guardar secreto,
Basta el nombre de mujer;
Mas haces como discreto,
Pues cerrándome, prometo
A nadie dejarme ver.

ADIVINANZA

Yo me crío en Berbería
Y me compran los cristianos;

Si quieres saber mi nombre,
Asida estoy á tus manos.

Soluciones

A LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO ANTERIOR:

CHARADA. — *Pelona*.

ENIGMA. — *Nube*.

ADIVINANZA. — *Murciélago*.

Imprenta de Henrich y C.^a en etc. — Barcelona

EL PÊLE-MÊLE

Será la Revista más agradable, más divertida y el mejor pasatiempo para las familias.

De la edición francesa de este periódico se venden 220,000 ejemplares y tenemos la seguridad de que este mismo éxito ha de alcanzar en España.

¡¡ A reirse por 15 céntimos !!

SAVON au LAIT de VIOLETTES naturelles Société Hygiénique
Paris, 55, Rue de Rivoli.

De venta en esta Administración y principales librerías.

LA COCINA UNIVERSAL

ARREGLO DE LA OBRA FRANCESA DE

Edmundo Richardin L'ART DU BIEN MANGER

Fórmulas inéditas de los Grandes Restaurantes parisienses y maestros Cocineros franceses.

1400 Recetas prácticas y fáciles para preparar en casa toda clase de platos.

Grabados indicando los trozos y clases de las carnes de matadero y modo de arreglar las aves y casa para el asado.

Indicaciones para el servicio de los vinos.

84 Sopas distintas.

80 Salsas distintas.

50 maneras de guisar pollos.

50 maneras de guisar bacalao.

100 maneras de guisar huevos.

50 maneras de guisar patatas.

Etc., etc., etc.

RECETAS DE LAS COCINAS:

Inglés, Alemana, Rusa, Italiana, Americana y Española por A. Blanco Prieto

Un volumen en 8.º mayor, de unas 500 páginas.
En rústica: 3 ptas. — En tela: 3'50 ptas.

BIBLIOTECA

de

Novelistas del Siglo XX

En esta Biblioteca se publican sucesivamente novelas de insignes literatos españoles, editadas con mucho esmero.

Miguel de Unamuno. Amor y Pedagogía.

J. Martínez Ruiz. La Voluntad.

Antonio Zozaya. La Dictadora.

Timoteo Orbe. Guzmán el Bueno.

Dionisio Pérez. La Juncalera.

Rafael Altamira. Reposo.

Pío Baroja. El Mayorazgo de Labran.

Emilio Bobadilla (Fray Candil). A fuego lento.

José del Caño. Bocas y Espumas.

Ernesto López (Claudio Froile). Esas.

Arturo Campión. La Bella Esos.

Luis López Aliud. La Enramada.

Romero de Mesa. La Mujer fuerte.

De venta en las principales librerías de España y América.

PARA LOS PEDIDOS:

HENRICH Y C.ª, Editores
BARCELONA

LUSTRE NUBIAN



Se emplea sin Cepillo.

Aplicándolo una vez cada quince días revierte el calzado impermeable conservándole el brillo y el aspecto como al fuera nuevo.
De Venta en todas partes. — Exijase el Nombre y la Marca.
Para calzado de color pidase la "YOUNG'S CREAM"
C. NUBIAN, 128, Rue Lafayette, París.

No empleéis sino las

PLACAS JOUGLA Y PAPELES

LOS MESES

Texto de los Sres. Alarcón, Camposamor, Cánovas del Castillo, Castelar, Echegaray, Ferrari, Mañé y Flaquer, Núñez de Arce, Palacio, Pereda, Pérez Galdós, Trueta y Valera.

ILUSTRACIÓN de los Sres. Benlliure, Domínguez, Ferrant, Galofre, Martínez Cubells, Más y Fontdevilla, Maseras, Moreno Carbonero, Pellicer, Plasencia, Riquer, Villegas y Villodas.

NOVA EDICIÓN MONUMENTAL EN PAPEL VITELA
Precio del ejemplar, 80 ptas.
Por suscripción, 5 ptas. cuaderno.
Henrich y C.ª, editores. — Barcelona

CASA PARA VENDER

De bajos y un piso, para una familia, sita en buena calle de

San Andrés de Palomar — Barcelona

Valor: 5000 pesetas.

DARÁN RAZÓN EN ESTA ADMINISTRACIÓN

Puerta del Angel, 15 y 17, pral.

EL ECO DE LA MODA

es la Revista de Modas más conocida en España.

Número semanal con Patrón cortado en tamaño natural.

Suscripción: 6 meses, 4 ptas.; 1 año, 7'50 ptas.

Administración: Puerta del Angel, 15 y 17, pral. — BARCELONA